2 de marzo 2021 -355

DESDE LA CUMBRE

Se sentía cansado y sin fuerzas. Se acercó a la ventana, abrió los dos grandes cristales que dan al jardín del acebo y después se aproximó a la cama, justo al lado de los grandes ventanales. Lentamente se acostó y cubrió su cuerpo con la manta de lana color naranja. Sobre la almohada repasó la cabeza y, durante unos segundos, susurró en su mente la oración que cada día repetía. Pidió al cielo por él, los suyos, amigos y conocidos y luego quiso dormir. Se sentía cansado y si fuerzas. Un poco era por el peso de los años, otro poco era por la soledad en su vida y mucho era por la enfermedad que no le daba respiro.

Sin pretenderlo, vino a su mente, el momento de aquel día sentado bajo el tejo frente a la cascada. Y deseó tener las fuerzas y juventud de aquellos días. Deseó subir desde la cascada y recorrer lentamente todo el valle de los manantiales, veneros que al juntarse, van poco a poco dando forma al río de la cascada. Hacía años, cuando ni la enfermedad estaba presente en su cuerpo ni la debilidad se lo comía, recorrió muchas veces esta hermosa cañada. Con la agilidad de una gacela y con el entusiasmo del niño más ilusionado. Gozó hasta lo más íntimo el encuentro con cada manantial, bebió y lavó sus manos en cada hilillo de agua yéndose por entre las piedras calizas al encuentro del río, meditó realidades profundas sentado junto a estas fuentes y se empapó hondamente de los silencios y música de estos lugares. Hacía años, cuando aun no era tan viejo, apuntaba en su cuaderno los nombres de estos sitios, las especies de las árboles, arbustos y plantas, los nombres de las aves, los días de lluvia, nieve, nieblas, frío y calor y el recorrido de las viejas sendas atravesando los paisajes.

Hacía años, una mañana llegó hasta la orilla del río por donde el pequeño valle y los pinos centenarios. Junto a las aguas y por donde los narcisos crecían, se paró. Miró al frente y durante un buen rato, estuvo observando la robusta montaña recortada en el azul del horizonte. Cruzó luego las aguas, buscó la senda por entre la vegetación y rocas y comenzó a subir. Lentamente pero sin parar y con el pensamiento puesto en la cumbre que remontaba. Unas cuatro horas tardó en llegar a la cumbre total pero no se lamentaba porque no se sentía cansado y sí muy satisfecho. Sin prisa, oteó los horizontes y se recreó en el azul del cielo y siluetas de las montañas. Le parecía vivir un sueño dentro de un mundo libre, profundamente grandioso y lleno de los misterios que su alma apetecía y esperaba.

Hoy, muchos años después de aquel día, acostado en la cama, sin fuerzas y muy cansado, recuerda aquellos momentos y lugares. Sabe con certeza que ya nunca más volverá a recorrer estos sitios. Pero a su mente acuden los recuerdos y desde lo más sincero de sí, le mana una limpia oración: “A todos, os tengo en mi corazón y por todos, cada día pido a Dios. Creo que casi ninguno sabéis esto, pero en mi espíritu os mantengo vivos, noble y limpios y esto es puro gozo en mi interior. Y más hondo es este gozo en mí cuando pienso que un día, cuando Dios lo quiera, nos encontraremos de nuevo en reino de la eternidad”.